LA NIÑA Y EL OSO POLAR: UNA MATRUSKA ESCOLAR

FORTUNATO MIURA

Había una vez. Una vez había. Había una ventana de madera. El sol atrayente en el día de invierno. Era blanca esa luz, el resplandor de la conciencia. Sobre los pupitres de madera desgastada sólo se podía observar un compas, unas tijeras, papel blanco y colores hechos de ébano. Unos dedos frágiles aun y pequeños tomaban el color rojo, mientras se oía la voz del maestro Xavier que decía: *Tomar el papel y cortarlo en cuatro*.

Mientras esas manos deslizaban el grafito, afuera de la gran ventana solamente se observaba un blanco como el hielo, de él emergían formas humanas, narices grandes, bocas con un rictus mortecino, atrás de ellas un gran oso polar acechando a las figuras, con sus dientes blancos comía de la carne de la deformación.

Xavier explicaba como se cortaba el papel con las manos. Joseph que siempre pensó que se llamaba Joseph, cortó mal su hoja, deformándola a un más, sólo se rio con su risa de cinco años, a su lado izquierdo se sentaba Sarah quién siempre supo que se llamaba Sarah, con su certeza de cinco años y medio dibujo líneas sobre líneas, contempló el mundo de la ventana, ahuyentando al oso con su espada de papel, un rugido salió de su boca, el oso se desplego y cayó sobre el hielo, se fundió en él hasta desaparecer.

Los ojos del maestro aparecieron por un hueco del papel, y les dijo como deberían de tomar el compas y hacer un círculo, otro circulo y un círculo más, todo era de tono rojo y blanco en las líneas de la niña, sus círculos rayaban en la perfección en medio dibujo sólo un punto de cada uno de sus dos colores, y ella contemplaba la ventana de madera, pero el oso ya no estaba.

Puso su carita triste, porque el oso antes de desaparecer se comió su propia sombra, pero en la ventana apareció un jardín, donde mariposas, girasoles y una fauna de insectos jugaban y parloteaban, Sarah sólo sonrío y comenzó nuevamente a dibujar sus líneas. Joseph vio la misma ventana pero no había nada, sólo el marco de madera antiguo, se podía percibir el ruido de los camiones, y la polvareda de las construcciones aledañas a la escuela.

Así Joseph y su hoja arrugada y mal cortada, se acomodaba la corbata antes de que la señal de salida se escuchará, mientras Sarah acomodaba con calma y sus manitas frágiles aún sus cosas en la mochila, sólo decía *otra vez la calle.* El maestro de nariz grande y afilada acomodaba sus cosas, y por fin dijo *pueden salir*.

Sarah seguía contemplando la ventana de madera, de pronto se vio por las calles de una ciudad fría, donde los edificios de siete pisos parecían monstruos deformes, que se iban a comer unos a otros, con ángulos amarillos y ventanas siniestras. De pronto se vio caminando en medio de un puente que atravesaba el río de la mano de su mamá o de su papá. Los pupitres parecían rocas antiguas, como las cuevas rupestres, ella sólo podía contemplar sobre el río el reflejo del cielo y sus ojos inquisidores del mundo, esperando que el oso polar emergiera de su escondite, pero las nubes se iban disipando y formaban nuevos monstruos, Sarah sólo veía una ventana sobre el reflejo del río. A lo lejos se perdía el coche de Joseph, quien siempre pensó que se llamaba Joseph.

La voz de Xavier repetía el *pueden salir* y Sarah *otra vez la calle*. Así le parecía que el agua del río era un hilo con un principio y un final como el hilo del vestido de su muñeca, que abrazaba con un riguroso afecto, y el *ya pueden salir* y *otra vez la calle.*

Pensó en el lenguaje como una forma lineal, siempre en el mismo punto, sería capaz de expresar todas sus emociones, y sus contentos, ella sólo sabía con sus cinco años que las palabras eran ese hilo que pendían de un columpio, que sólo podían expresarse si ella se expresase, y así la ventana como el río, eran sombras incisivas y minuciosas, así ella contemplaba esa nieve, un día tomó su grafito y dibujo sus primeras líneas sobre el mundo.

Había una vez. Una vez había. Había una ventana de madera. Y la voz de *por fin pueden salir* y *otra vez la calle*. Sarah tomó las llaves, abrió la puerta, y el esplendor de la luz del conocimiento irradió en su cara, por fin sabía que la educación la haría libre. El aula desapareció como el coche de Joseph, pero ella sabía que por fin podía sacar de la mano y pasear por el puente a su oso polar.